

# Amor en París



ESTHER LLULL

Amor  
En París

ESTHER LLULL

Copyright © 2020 Esther Llull

Todos los derechos reservados.

ISBN: 9798667524588

## DEDICATORIA

*Para todos mis lectores, lisos e imposibles, que escapan de mi abrazo,  
sosegados como el pequeño vacío que llevo en mí.  
Para todas aquellas mujeres que han sufrido en el amor  
porque amor ingrátido, tú, ¿qué harás conmigo?  
hay pavor pero no lágrimas.  
Gemidos en tu rostro embellecido con música*

*Estoy muda y parda, soy una semilla  
a punto de reventar.  
Lo que en mí es negro está muerto,  
es decepcionante:  
No desea ser más, nada.  
El crepúsculo me cubre de azul como  
una María.  
¡Color de distancia y olvido!  
¿Cuándo vendrá la suplente, dónde se romperá  
el tiempo?  
¿Será devorada por la eternidad, y dónde me  
oscureceré?  
Hablo conmigo misma, sólo conmigo,  
yo desvarío.*

Sylvia Plath, *Tres mujeres*,  
(Boston, 1932-1963)

## Contenidos

### Capítulos

*I. París, primavera*.....

*II. París, primavera*.....

*III. París, primavera*.....

*IV. París*.....

*V. París*.....

*VI. París*.....

*VII. París*.....

*VIII. París*.....

*IX. París*.....

*X. París*.....

*XI. París, primavera-verano*.....

*XII. París, primavera-verano*.....

*XIII. París, primavera-verano*.....

*XVI. París, verano*.....

## I.

### París, primavera

*Bajo la manta de felpa  
evoco el sueño de ayer:  
¿Qué, de quién fue la victoria?  
¿Quién se dejó vencer?  
Otra vez el recuerdo,  
otra vez el dolor.  
Lo que no tuvo nombre,  
¿puede llamarse amor?  
¿Quién fue cazador? ¿Quién presa?  
¡Todo endiablado, al revés!  
¿Qué oyó el gato siberiano  
ronroneando a placer?  
En aquel duelo obstinado,  
¿qué mano daba el saque?  
De los dos corazones,  
¿cuál volaba a galope?  
Con todo, ni sé qué fue,  
qué quiero, o por qué me quejo.  
Sigo sin saber: ¿vencí  
o me vencieron?*

Marina Tsvetáyeva, 1914, poeta rusa

Aquí en París también soy la dueña de la tranquilidad y el orden, la heredera de altivas tradiciones. Las luces comienzan a proyectar amarillas rayas en la plaza de Notre-Dame. Me encuentro de nuevo en ella, pues me encanta. La niebla nacida en el río llena estos antiguos espacios. Suavemente se pega a la blanquecina piedra.

Le he mandado a Christian un mensaje, espero que pueda leerlo a tiempo. Entre nosotros la comunicación nunca se cortó. El se mostró tan preocupado con lo mío, que a veces pienso que si es real. Sin embargo, siempre ha estado la distancia que lo cambia todo, que nos distancia más.

Pronto en París nos perderemos los dos en el frío y en la noche. Sí, porque estamos destinados a ser como dos seres de hielo, para que esta amistad no se deshiele a destiempo. Me consta que ahora hace buen tiempo en esta renacida primavera en París.

Él suscitó en mí el deseo de progresar en la vida. Sin rumbo, avancé por la Promenade plantée (paseo plantado) de París. Me quedé con curiosidad observando los rostros, los rostros de los recién nacidos empujados en sus carritos por sus madres, esos rostros un poco desvividos, incluso repelentes o llorosos. Y este altivo latir -tic-tac, tic-tac- del pulso de la mente adquirió más mayestático ritmo.

El cuerpo es más fuerte de lo que yo creía. Y estoy más aturdida de lo que suponía. Ya nada me importa. Nada claro necesito. Nada que surja ya hecho, con todos sus pies, para aposentarse en el suelo. Ahora soy una de esas resonancias y amables ecos que resuenan y suenan de nervio en nervio, dentro de nuestro pecho, formando una música de pecho coral, y pienso en la música de ópera. Me quedo extasiada pensando en que estoy cerca de la ópera de la Bastilla.

Una lluvia fina parece estremecer esta noche, una fina radiación que no acusa y que resiste defendida por una serie de resistencias que se crean en mi cuerpo animado. Desposeído, no busca poseer. Y viene a tomar espacio sin posesión, sin lugar propio. La cabeza se me va hacia atrás como movida por una imperceptible brisa, y ese momento es como coger la ruta convenida.

Y esta luz inconfundible es la luz de sus ojos, los ojos de Christian que me han hipnotizado, con la luz de la pura razón.

No desmiente el agua o la fina lluvia que cae, sino que en la oscuridad el alma bebe de las divinas tinieblas. Pues que el agua también es agua viviente, sangre, luz derretida.

Los relampagueantes árboles y las blancas barandas del exterior se alzaron en densa lluvia. El mundo parecía que se resquebrajaba, hubo un brusco impulso en mi interior y un zumbido en mis oídos, y se me hizo pesada la respiración.

El sueño me venció. Eché una ojeada al reloj. Una vez más las inquisiciones nocturnas han robado a mi descanso más de dos horas sobrecargadas de recuerdos. Ciertos hechos pasados se niegan a desaparecer de mi memoria. Avaros quieren abarcar un presente con la ferocidad de un animal rabioso. Son terriblemente codiciosos. No claudican. No admiten “ser olvidados”. Nada se parece tanto al olvido como a la dispersión de las ideas. Sin saber por qué de repente todo es un caos, todo se convierte en incertidumbres vertiginosas y desvíos mentales. Nada está en su sitio.

Ahora los hechos se desnudan, cambian de color y recatan la verdad que la conveniencia humana.

Ahora en París, en este sitio idílico como un valle de expurgaciones, sólo caben las confirmaciones y las certezas, limpias de engaños o fábulas amoldables y transigentes. Ahora ya no voy disfrazando con imposiciones acomodaticias las cosas. Y me es imposible modificar los matices y borrar evidencias.

En este lugar todo aumenta de tamaño, las evocaciones son como insectos gigantes. Hechos que carecían de importancia ahora me quitan el sueño. Las evocaciones nos acosan, nos clavan agujones y nos martirizan constantemente.

El amor jamás se apoya en sensaciones para destruir algo. Ni se apoya en conceptos que admiten hipocresía. A veces recapacitamos pero ya es tarde.

**B**asta un detalle cualquiera para recuperar infinidad de pequeñeces que durante el día consideramos perdidas. No obstante y sin saber por qué las pequeñeces surgen vigorosas y exigentes en los desvelos. Son como taladros para mantenernos despiertos y obligarnos a pensar.

Y el insomnio volcando recuerdos que la memoria se empeña en acumular.

Parecía que se deslizaba un sutil velo sobre la arena blanca de la improvisada playa que se había creado artificialmente en la orilla del Sena, en la isla de la Cité. La improvisada y artificial ola se detenía, y después volvía a retirarse arrastrándose como en un suspiro. O como el durmiente cuyo aliento va y viene en la inconsciencia.

El día cae copioso y esplendente. Ahora me ato, sin ceñirla demasiado, la cinta del vestido suelto que llevo, y me tiendo sobre esta arena de playa, sobre una tumbona, cubriéndome con la delgada sábana de luz que flota en la sutil playa que es como una leve capa de agua lanzada por una ola. A su través, lejos, muy lejos, débilmente, oigo el comienzo de una música coral, ruedas de coches, perros, hombres que gritan, campanas de la iglesia, el comienzo del coro, y ruedas de un carruaje a caballo.

El sol se alzó más. Quedó una sutil línea negra en la arena. Las piedras del muro, antes suaves y neblinosas, se endurecieron y quedaron marcadas por rojas grietas.

Me gusta este vestido tan sutil, entreverado de hebras rojas y negras que brillan a la luz del fuego. El vestido parece que revolotea en mi cuerpo y que flota con la forma de una flor.

Debo abrir ahora este ordenador portátil para que salgan estas frases encadenadas con las que logro unir cuanto ocurre, de manera que, en vez de incoherencia, se perciba un hilo de vagabunda línea que aúna sutilmente una cosa con otra. Ahora te contaré la historia de mi futuro, no la del pasado. Me sumerjo y chapoteo en las destellantes aguas de la infancia, pero sólo para traspasar las puertas del futuro.

Algo prende y arde. Ahora la viajera, que soy yo, está despierta, pero le gustaría soñar. No creo en la separación, no somos individuales. Pero siento deseos de incrementar mis observaciones como si me separaran de la naturaleza humana y de la vida. Ahora vendrá Christian. Lo espero de un momento a otro.

## II.

**París, primavera**

Jean Louis lo que él siempre quiso es que yo fuese hacia él, que yo volviese a repetir el papel de la chica que lo da todo, lo entrega todo. Ahora dice que va a venir pero no me lo creo, porque él se fue a vivir afuera también. En ese momento de debilidad que él tuvo conmigo, tal vez si yo hubiera ido hasta él lo hubiera retenido, lo tendría conmigo ahora, pero hubiera tenido que renunciar a mí misma, estoy segura, no hubiera podido hacer nada para mí.

Con Christian hemos sustituido el fuego por una sutil llama inextinguible, algo que es admiración y, al mismo tiempo, nos permite crecer el uno con el otro. Y eso siempre ha sido muy difícil para mí.

Esa felicidad adictiva de hoy día no es felicidad. Lo que da es un placer corto y repetitivo que nos hace más infelices todavía, por sus notas adictivas.

Si hablo de las emociones positivas, no hablo de la felicidad, sino de los diversos sentimientos positivos que experimentamos en torno a este sentimiento: la alegría, la exuberancia, el humor y la risa, el optimismo... incluso la curiosidad, que fomenta la supervivencia en un ambiente extraño, y es necesaria y positiva para sobrevivir.

Regular las emociones y filtrar las emociones negativas —odio, envidia, ira...— hasta hacerlas casi desaparecer, concentrándose en las emociones positivas, esto debería ser considerado un arte. Un verdadero arte alquímico. Transformar en oro el carbón.

“No tienes por qué agobiarte con mi presencia, no voy a ser un incordio para ti o para las personas que estén contigo, sólo quiero verte, quiero hablar contigo unos momentos y eso es todo. Tendré unos días libres y quiero aprovecharlos. No tengas miedo, tu amigo está a salvo conmigo”.

La indiferencia al sufrimiento es lo que convierte al humano en inhumano. La indiferencia, después de todo, es más peligrosa que la ira o el odio.

Las emociones nos afectan positiva o negativamente, no hay emociones neutras, y con ellas conformamos el ambiente que respiramos.

Cae una hoja y cae de alegría. Amo la vida, estoy enamorada de la vida. Miro cómo el sauce lanza en el aire sus chorros sutiles. Miro cómo a través de ellos se desliza una barca, que pasa junto al Sena, en un vivir de inconsciencia.

Veo el fondo, el corazón, las profundidades. Veo cómo los amores temblando se convierten en fuego. Y los celos disparan verdes rayos aquí y allá. Sé la intrincada manera en que el amor se entrecruza con el amor; el amor forma nudos; el amor los rompe brutalmente. He sido anudada. He sido rota.

Había un árbol de haya y las doradas luces de la noche destellando entre los árboles. Las palomas abrieron las hojas. Las cambiantes luces móviles me recorrieron. Y huyeron.

Me besó en la mejilla y le di la bienvenida, mientras yo muy quieta y con los ojos cerrados recibía sus caricias como la tierra reseca recibe sus caricias de la lluvia.

Me dijo que estaba más hermosa, y era porque iba enfundada en mi vestido de hebras de púrpura y negro, que me hacía parecer más exquisitamente femenina y deseable, y él me apretó más entre sus brazos y me besó entonces en los labios, como si fuera a perder el sentido. Sin poder evitarlo yo cerré los ojos, y comencé a responder a ese beso, que cada vez era más profundo.

De puente a puente y de muelle a muelle, en un paseo por el Sena en embarcación, los parisinos nos escoltan, a pie o en bici. Estamos en el corazón del animado París donde el tiempo se detiene. Disfrutando ahora de este momento en el “Bistro Parisien”, con los pies en el agua y la vista puesta en la Torre Eiffel. Es una gran experiencia.

Y ahora sigo a ese dulce cantar de coro, con las manos cogidas, con miedo a la oscuridad, mientras alguien toca el armonio para amenizar esta velada de crucero por París.

Las puertas de hierro se han cerrado más allá. Los colmillos del tiempo han dejado de devorarnos. Hemos triunfado sobre los abismos del espacio, con las armas del lápiz de labios, de los polvos, de los sutiles pañuelos de papel que me protegen para licuar mis sentimientos. Y este rocío fresco de la noche parisina se agranda con una luna gigante al fondo de nuestras cabezas.

Cruzamos juntos el agua iluminados por la luna. Sus efluvios se desvanecen hacia los canales del Sena. “Amor, amor, ¿qué música escucharemos ahora?”, parece decirnos el río. La luna miraba y miraba, clavada fija en el cielo. Ese reloj con cara de luna nos miraba. Debo esforzarme por no llorar, debo mirarlo a él, el primero, y a todos con indiferencia. Ahí está Christian, está sereno y compuesto, tranquilo. Balancea sus brazos mientras se sirve un poco de vino.

Christian se inclinó hacia mí y depositó un ligerísimo beso en mi rostro. Y yo también sentí algo húmedo en mi mejilla, pero traté de recuperar la serenidad de esa situación de éxtasis y belleza. Sujetó mi cara con ambas manos y empezó a depositar más ligeros besos, me rodeó con sus brazos. Un camarero llegó para servirnos unas ostras francesas y un champagne. Y como plato principal un caviar con salmón y bacalao en tartar con aguacate y pimienta del piquillo en crema. Todo para compartir con un gran vino pinot noir de la Borgoña. ¡Se me estaba haciendo la boca agua!

Christian ahora se ha ido a pasear por los Campos Elíseos, dice que quiere tomar algunas fotos, fotos improvisadas, escenas cotidianas, algo así, ya sabes, a él le gusta la creatividad fotográfica.

Observo con deleite la simultaneidad de sus movimientos. Sus piernas fortalecidas y grandes como si ansiase perderse corriendo. Me cuesta seguirle. Me desprecia por mi debilidad que no me permite jugar a su ritmo. Aunque siempre me ha tratado con benevolencia, ese rasgo suyo. Acepta mi devoción, acepta mi trémula ofrenda de mezclarse con el resto de los seres vivos.

He aquí otro día, es como si gritara cuando mis pies tocan el suelo. Puede ser un día mutilado, un día imperfecto. A menudo me riñe. A menudo me reprocha mi pereza y mis risas. Jean Louis ha llegado, y hemos quedado para vernos, mientras Christian, estaba en la sesión de fotos. Jean Louis me gruñe echándome en cara mi ligereza y mi escasa atención, pero incluso cuando él me gruñe está guapo.

### III.

**París, primavera**

Veó que algo se mueve, quizás una mota de sol en un rostro. Un barco mosca pasa por el canal del Sena, y algunas hojas de laurel cuelgan de él. Nunca me entristezco, y nadie puede conseguir que deje de hacer piruetas, cuando nos vamos acercando Jean Luis y yo a un bulevar y a mi preferido café bistrot.

Pero no estoy dispuesta a quedar vinculada a una persona tan sólo. No quiero quedar fijada, inmovilizada. Me estremezco y tiemblo como la hoja de aquel seto, y sentada en el borde de una terraza bistrot, colgantes los pies y con un nuevo día abriéndose ante mí, veo que la conversación se enmudece entre nosotros, como si no tuviéramos nada en realidad que decirnos.

Nuestra siguiente visita cultural será el Louvre de París. Soy consciente de tantas cosas que he conseguido y que no tienen valor alguno, si no se posee tiempo para gozar de ellas, de mi vida, de mis días y de lo que me rodea.

La descripción de mi vida es que siempre me he sentido atada a una situación que no es positiva para mí, pero de la que no sé cómo desprenderme, o prefiero no arriesgar. Esa ha sido mi vida.

Aunque parezca que así he vivido más o menos bien, en realidad siempre ha sido vivir a medias. Esto mismo me enfrenta a la verdad ahora: mis cadenas las mantengo yo, y yo puedo soltarme si lo deseo.

Veó que Jean Louis me mira, creo que mantengo una química o una amistad, pero sólo es afecto o amistad. Con él siempre me sentí atada a una situación que no era positiva.

Estamos en el café del Louvre, muy elegante, majestuoso, con una decoración espléndida. Los platos están decorados con pájaros orientales de larga cola. Sobre la decoración suave se forma una cáscara nacarada y brillante, contra la que las sensaciones picotean en vano. En mi caso, la cáscara brillante se formó en esta situación algo comprometida en la que estoy, pero algo me dice que esté a la expectativa, que todo puede ser brillante. Hay cierta pompa e indiferencia entre las gentes y hay candelabros de otra época y condecoraciones que señalan la importancia del café y edificio arquitectónico.

Por un momento, contemplamos de mal grado los logros de cada uno de los demás, como niños que ven, cuando se parte el pastel, el único pastel, cómo disminuye la parte de la que ha de salir su porción.

Aquí se encuentra la Gioconda, acaso la pintura más célebre, debida a Leonardo Da Vinci, así como la Virgen del Canciller Rolin de Jan van Eyck, y La encajera de Vermeer; la serie de grandes pinturas de La Vida de María de Médicis de Rubens, La coronación de Napoleón de Jacques-Louis David y La Libertad guiando al pueblo de Delacroix.

Ahora la fresca marea de oscuridad rompe sus bocanadas de aire contra mí. Estamos al aire libre. Se abre la noche, la noche atravesada por vagabundas polillas, la noche que oculta a los enamorados camino de la aventura. Huelo a rosas, huelo a violetas, veo rojo y azul apenas escondidos. Pensamos en ir a un buen restaurante para celebrar nuestro encuentro, los tres, como amigos.

Hacia el cielo se deslizan las altas casas grises de estilo parisino, con el delirio de las luces. Todo París está incómodo con tanto destello de luz. Ahora cantemos nuestro canto de amor. Ahora mi áurea señal es como una libélula en tenso vuelo.

Digo palabras que suenan como el reclamo del ruiseñor cuya melodía se comprime en el paso de mi garganta demasiado estrecha. Ahora oigo chasquidos y rumor de ramas y golpes de aire y de coches, como si todas las bestias de la ciudad hubieran salido de caza, y todas saltaran y corriese por entre la maleza espinosa del asfalto. Una me ha atravesado. Una ha penetrado en mí. Y flores de terciopelo y hojas con frescor de agua me cubren, me rodean y me perfuman. Hemos entrado en un restaurante muy “cozy” o coqueto de la vida “parisienne”.

Había entrantes como una vieira cremosa con verduras, espárragos y pimientos rojos. Otro entrante era chorizo con pera en una cremosa salsa de queso. De plato principal estaba el pato, el cangrejo y un filete de entrecot. Todo aderezado con cremosas salsas, y una selección de verduras con salsa de mostaza y puré de patatas en un mousse delicioso.

El pato o el Maigret de Canard con salsa de melón, llevaba aderezado tres capas de diferente color, remolachas, trozos de manzana y queso de cabra mezclada con Mascarpone y Tarragon, y con frambuesa en una reducción con aceite de oliva. Todo estaba muy jugoso.

Y lo acompañamos todo con un vino de Bergerac, cabernet sauvignon y merlot, y con otro vino de la región de Jura, hecho a partir de la uva trousseau.

—Estoy viviendo una situación en la que pienso que estoy a punto de estallar. Pero como no lo hago, dicha situación se mantiene creándome un gran agobio —objeta Jean Louis.

—Y ¿qué vas a hacer? —pregunto yo con una sonrisa irónica.

Llevo puesto mi vestido reluciente vetado de negro para lucir en la noche con un cierto estilo francés. Necesito que me miren, hacer el papel de una mujer seductora para sentirme bien.

Esta es una noche de esas como todas, en que la noche muere atravesada por flechas para ganarse el corazón de los rostros verdaderos. La noche está abierta y destellan las estrellas a través de ella. Comienzo a desear que no se acabe la noche y el brillo en la oscuridad. No, no abandonaré mis sueños por muy poco sentido que le vean los demás.

—Pero no vagues más, Noemia —me dice Jean Louis—, cuando no sea esto en intentos o engaños, es que has llegado al final. ¿Qué opinas tú, Christian?

—Como decía Sartre, “el infierno son los otros”. Es una forma de echarle la culpa a los demás —responde Christian intentando introducir algún signo de cordura.

Son estas divagaciones de medianoche iluminadas por la luna las que me hacen abandonar esos territorios barridos por el viento. Se está bien aquí. Aún tenemos que tomar los postres. Me transformo en la compañera de Jean Louis y de Christian, como si fuera el último de los vástagos de una gran familia de Francia, como si fuera la compañera de Virgilio y de Platón, y todavía pudiese salvar algún pensamiento clásico.

Me estremeceré, me echaré a llorar. Entonces se desplegará mi libertad, y todas las limitaciones que me arrugan y que me encogen. Y al día siguiente me levantaré y seré la misma para pasear.

De postre nos espera el delicioso chocolate fondant con crema Moleux coulis y frambuesa. Y también el helado de chocolate y de mango con menta. Christian propone que abramos una botella de champagne para terminar, y así se ordena.

—¿Qué vamos a pedir como deseo al brindar? Habrá que brindar —digo yo entre bromas—. Yo pediré pasear por el bulevar con vosotros mañana. A ver ¿tú, qué pides? ¿

—Yo pediré ver las golondrinas rasando el césped —dice Jean Louis.

—Yo arrancaré todo cuanto haya hecho que sea duro —dice Christian.

—Ahora brindemos todos y digamos: “¡Chin-chin! ¡Alegría!”

## IV.

**París**

Tocábamos la realidad en un punto en el que se inicia la hilaridad o el llanto, lo inmanente o lo trascendente. Saltaba a la vista la libido de mis acompañantes.

Cuando el ser humano se cerraba sobre sí mismo en sus sueños, la conciencia de la temporalidad desaparecía, y se podían originar fisuras que no se abrirían. La espiral de la conciencia se enrollaría en sí misma.

Jean Louis estaba un poco enfermo de esto, de vivir mezclado en un desorden del tiempo y los sueños, con sus fisuras y espirales enrolladas sin ver la luz. Creí que por mucho tiempo a mí me había pasado algo parecido a lo que le pasaba a él. Se quedaba inmutable, parecía que ya no tenía voluntad. Su voluntad de hombre había desaparecido. Verlo ahora así, tal como yo lo conocí en su día, me deshacía.

Pero separando lo que estaba junto, el orden del tiempo se mezclaría.

Cualquiera de nosotros se daba cuenta de que teníamos fisuras que no lográbamos superar, que nos aferrábamos a nosotros mismos como a un mendigo. Como a alguien que se habría entregado a una esclavitud anterior para mantenerse a flote, para no ser tragado o perdido por enajenación o asfixia.

Habría que preservar este momento con esa madurez plácida sin demasiados desvelos o luchas. Era como un signo de humanización inicial.

Y a medida que las vivencias cargadas de emotividad y generadoras de ella se iban liberando, purificando, se iba haciendo un lugar, el lugar mismo donde estuvo esa isla atemporal, la isla de la Cité, en el París colosal de nuestros antepasados y su historia.

Jean Louis aceptó atrapado como en un abismo sumergirse en los efluvios del sueño aquella noche y en separarse de toda sensación de rencor o perdón, como en un lugar para el rumor se desprendió del ser amado. Se fue a dormir a su hotel, donde estaba hospedado.

Aquella noche contenía la carga emocional necesaria para desencadenar un movimiento o conato de movimiento. Quedando entonces purificadas, palidecidas, reducidas a su pureza psíquica, las reacciones corporales.

Christian llamó, me desveló el sueño, y entró en mi habitación, que estaba al lado de la suya en el apartamento que tenía alquilado, y se sumergió dentro de mi cama.

Mis senos se pusieron turgentes y erizados, y mi vientre al mismo tiempo se erizó de placer.

Mas en otros momentos podía haber no pasado e irse acumulando esta carga emocional en un fondo oscuro, donde una noche, un instante, nacía un grito, el llanto, el clamor.

Todavía quedaba un rumor, una resonancia, casi un adelantarse consciente a la superficie para recaer como una especie yacente y hermética.

Había descendido hacia el centro. Me sostenía en la oscura raíz de su cuerpo, con su prolongación, me balanceaba y yo mostraba mis senos ansiosos y él los acariciaba, y él se volvió hacia mí, se puso delante de mi boca y me miró como un prisionero, yo puse mi boca dentro de su prolongación para seguir gimoteando, a un ritmo lento, agonizando de placer.

Nuestros rostros palidecieron y él se notó un ardor que rezumaba, lanzó un grito estertor. Y quería sumergirme en esa nueva sensación, en que yo estaba abismada por un abismo. Me abrazó, respiró hondamente y se quedó sumergido y quieto.

La noche, la oscuridad y el sueño yacente hicieron que ansiase ya la llegada del nuevo día. Cuando desperté temprano, me quedé quieta en la cama y observé cómo se clarificaba el color de las cosas del dormitorio, de las asas de bronce de la cómoda, del espejo, y el color blanco rosáceo del cuerpo de Christian.

Christian se inclinó retirando con delicadeza un mechón de cabello y depositó un ligero beso en la comisura de mi boca. Mi boca se entreabrió como en sueños y lo recibí con dulzura y una espesa nube enturbiada de deseo apareció. Abrí los párpados y confusa me incorporé para recibir la luz de ese día.

He aquí otro día. Suspiro, quisiera que este día fuese un nuevo día sin fisuras ni divisiones. Un día no mutilado, un día perfecto. Llevaré un collar y un vestido largo blanco sin mangas, y temblaré con un nuevo día abriéndose ante mí.

¿Por qué me dices que el amor se convierte en una experiencia dolorosa y desconcertante? Jean Louis sigue hablando con sus fantasías.

Sus fantasías siempre fueron desbordadas hacia otras chicas, pero conmigo tal vez fueron proyecciones o refugios, en los que él no se identificaba del todo, y lo que pretendía era evitarme, no por inmadurez, sino por el choque emocional con algo que le asustaba o desagradaba.

A veces la intimidad asusta a muchas personas. Y a los adultos les resulta más seguro enamorarse de sus proyecciones, de sus fantasías.

Estoy degustando ahora unos caracoles de Borgoña y un atún marinado con foie a la sal. Un pinchito de vieiras y un carpaccio de bacalao y aguacate, todo delicioso, como la famosa cocina gourmet de la France. Y de postre queso de cabra con miel, y es que en Francia es donde tienen los mejores quesos. De vinos, solamente una copa de Pinot noir, de la Borgoña francesa, que es excelente.

Ahora debo escribir un poco y contestar a mis amigos.

Recuerdo cómo me enseñaste las enseñanzas sobre el Tao: “No soy maestro pero mi espíritu abrió los ojos en Oriente y su luz es aquella. Para tu acostumbrado razonar occidental los opuestos se enfrentan, no se abrazan”.

¡Pero todo eso es el vacío! Las distancias cósmicas entre los astros, como las separaciones entre las partículas subatómicas dejan a los astros suspendidos en un inmenso vacío. El vacío, el diamante que imanta mis meditaciones, y que para el Tao es, a la vez, el Todo, precisamente porque nada lo merma ni lo limita con su presencia, y así se abre potencialmente al infinito de las posibilidades.

Me arde el dorso de las manos con este sol del mediodía. Pero un ligero rocío que viene del césped me ha puesto las palmas pegajosas y húmedas. Montmartre es una colina moteada de casas. Un hombre cruza una especie de pasadizo o puente y un chico vestido de rojo dispara su tirachinas contra un pájaro común. Por fin, después de tanto ajetreo, después de tanto barullo y ajetreo, como tiene el centro de esta ciudad, hemos llegado hasta su corazón, el corazón de Montmartre. Es un gran momento, un solemne momento.

Veó un globo que cuelga en el aire, en vertical caída, contra las inmensas laderas de la colina de Montmartre. Una sombra se proyecta en el sendero como un codo en flexión. Islas de luz flotan sobre el césped de un jardín. Veó una telaraña en el ángulo del balcón del coqueto bistrot. Tiene cuentas de agua, gotas blancas de luz. Una sombra cae a través de los árboles. Y hay ardientes destellos nacidos en los cristales de las ventanas que rebrillan y se apagan.

V.

**París**

**S**í, voy hacia el sur, yo Noemia, al pie de Sacré-Coeur me encontraré sencillamente frente a la vista más bella y panorámica de la capital. Hasta los habitantes del barrio no se cansan de mirar.

Tengo que darme ánimos. Después de la escalada de los 130 metros de la butte Montmartre y de sus 222 escalones. También podía haber tomado el funicular. Ahora estoy al pie del Sacré-Cœur. Sí, vámonos al París de los artistas y los bohemios, de los poetas y los pintores y retratistas.

París, dicen que es la capital mundial del romanticismo. Aquí varias generaciones de enamorados se han besado en todos los rincones de la capital. Entre tantos enamorados queda la pareja inmortalizada por Robert Doisneau en 1950, frente al Hôtel de Ville. Para copiar la escena, tendría que posar frente a las rejas de la boca del metro. Yo sigo paseando por el París de los enamorados.

Otros ineludibles clásicos son la plaza del Trocadéro con la torre Eiffel como tela de fondo; el primer piso de la famosísima torre parisina; y las escaleras de la Butte Montmartre, al pie del Sacré-Cœur; y las escaleras de la Ópera Garnier, en la plaza de Notre-Dame, desde los puentes que atraviesan el canal Saint-Martin... Sin olvidar, la perspectiva de los Champs-Élysées, que se puede admirar desde la magnífica plaza de la Concorde. Todos estos sitios son dignos para darse un beso con la pareja.

Es impresionante el poder del ser humano para influir y para ayudar a los demás. Alguien puede tenderte una mano cuando estás realmente en lo peor de tu vida o en un momento muy difícil. Y ayudarte a salir adelante. O puede machacarte que es lo que hacen los psicópatas.

Hay que ser conscientes del poder que tenemos sobre los demás y que los demás tienen sobre nosotros. Muy a menudo una cosa pequeña, puede ser algo muy pequeño, puede ser una barra de pan (la noticia el otro día de un mendigo que fue perseguido por quitarle una barra de pan a una tendera), o puede ser una sonrisa de un maestro, o una palabra. Y en cambio sabemos, por los orfanatos y porque hay estudios, que lo que realmente desmotiva y anula a las personas no es tanto la falta de condiciones materiales y de estímulos exteriores, sino la falta de afecto humano.

Cuántos amigos perdidos, cuántas costumbres olvidadas y cuántos edificios que parecían eternos se habían derrumbado. Después cuando caemos enfermos, comprendemos hasta qué punto el ser humano más avezado puede sentirse náufrago en su propia tierra. Los amigos ya no son los mismos que aquellos que durante años fueron seres imprescindibles.

“Inútil ahora recuperar —me escribe Jean Louis— los años perdidos, las perspectivas soñadas y las ilusiones desvanecidas. Lo peor era la soledad. El tiempo transcurrido ni permite ser recuperado. Al contrario, se lleva nuestros aciertos y, por supuesto, jamás nos quita nuestros errores, sino que de hecho los fortalece, los desarrolla y en ocasiones incluso los graba a fuego en nuestra memoria. Además también reduce apoyos morales, arrasa amistades, cambia ambientes y se alía a los agujeros negros de nuestras vidas”.

“Yo creo que la vida es sobre todo un ensayo general para llegar a la verdadera representación que deberemos interpretar mal o bien, más allá de la actual existencia. Y ese ensayo dura poco”.

Dicen que una de las claves en las buenas parejas es que las expectativas sean las adecuadas, ni muy altas, ni muy bajas. Es decir, que veamos al otro como lo que es. Y que reconozcamos que cumple una función en nuestra vida.

Sí, necesitamos engañarnos hasta cierto punto o, por lo menos contar, con ciertas seguridades en nuestra vida. Lo que yo creo es que no hay que exagerar estas seguridades, hay que saber que todo es relativo, hay que relativizarlo todo. No hay que ser ni demasiado fiel, ni demasiado leal, porque nada hay seguro en la vida.

Jean Louis me escribe otro email y se sincera conmigo:

“Cuántas veces me he preguntado si el dolor que me causaba saberte alejada de mí era sólo una nostalgia producida por mis sentimientos heridos o por el simple hecho de no haberlos podido convertir en una realidad o, por el contrario, se trataba de un sentimiento que, por carecer de un final, podía seguir siendo siempre un principio”.

“A veces cuando te escucho tengo la impresión de que tú también has recalado en que hay un sentimiento egoísta en el amor, la necesidad de que alguien nos mime y nos considere distintos de todos los demás. Alguien digno de admirarnos y de despertar nuestro interés. Pero ese interés dura poco, sólo se mantiene constante cuando se vuelve inasible”.

El amor debe practicarse en las cosas pasajeras pero que son cosas sin fin.

VI.

**París**

“ ¡Jajajajajaja...! ¡Qué gracia tienen estos arranques maternos! ¡Cheers!, con un merengue en la boca y otro en la mesa”.

Jean Louis no quiso que le insinuase que se había puesto más gordito. Había cambiado mucho su fisonomía en realidad.

“A veces, Noemia, cuando me notaba tan inmerso en la vacuidad de una vida sin sentido, tu recuerdo se acrecentaba. En vano, me iba preguntando día tras día dónde y cuándo nos habíamos perdido el uno para el otro. Jean Louis”.

Lo que nos ha preocupado es permanecer en el presente. Y yo siento que tú lo haces y que tienes conciencia de permanecer en el presente. Y eso nos hace felices a los dos en estos momentos.

Pero tú nunca me has dicho nada. Pienso que hemos hablado, pero no te ha preocupado.

La mujer en cambio “elige”. Eso está un poco en nuestra evolución, y es la base de lo que somos. Elige, porque desea criar a su descendencia.

Yo creo que, de ahí, que la mujer, sí, le da mucha importancia a la fidelidad física, por este tipo de razones.

Música, latir que representa, en esto también, el latir de tanta entraña sorda; que suena por toda la mudez de los demás. Como si no se hicieran oír de otra manera. O se llenasen de rencor. Sí, ha sido por tanta entraña sorda, por tanta mudez, la gente se nos ha quedado muda. No ha sabido entender lo que yo expresaba. Al final me he rebelado contra aquella madre también.

Las entrañas siguen sumergidas en el tiempo sin poder salir de él. Y por eso no pudieron llegar a la palabra; por falta de asueto e independencia; por imposibilidad de poner pausa en su trabajo. Su dominio es el ritmo, como en toda maquinaria. Y hay tanta gente que se ha quedado muda a mi alrededor que tenía que gritar. Tenía que decirles a gritos que estaban mudas, que no sentían la música a su alrededor.

Pero ya no hace falta, ya se lo he dicho. Me hacían daño con su silencio. Las madres celosas y posesivas, las más celosas me criticaban, no las aguanto.

**E**sta es la música del corazón que también nos ha unido.

Pues el rencor nace de lo que no logra, trabajando siempre, quiere ser escuchado. Y cuántas veces es el rencor de lo que se llena el corazón. Y mientras hemos estado unidos, ha sido un lastre que nos ha embargado, mientras seguíamos nuestra rutina con otras actividades. ¿Por qué ha llegado el rencor a nuestras vidas cuando estábamos bien entre nosotros? Pero es que todo ha emergido desde fuera hacia dentro.

Se presenta en las pesadillas de los neuróticos, en los insomnios sin diagnóstico, en el arte de pretensiones más revolucionarias y destructoras, como el surrealista. Pero como me encuentro en París, aquí todo cabe.

Pero la profundidad impone tanto y es tan misteriosa porque es el espacio que sentimos crearse, está a punto de traicionar su ser para ofrecerlo en una entrega a quien sólo así puede ir a quien lo llama. Porque lo profundo es una llamada desde la concavidad de una sima, lo profundo es una llamada amorosa.

La sangre, como el vino, embriaga. Es bebida, consumida, transfundida. Es metáfora en suma de comunión, de un culto dionisiaco, de embriaguez vital, en el que se transfunde una vida divina a quien la bebe; metáfora de una sed infinita, una sed por esencia inextinguible.

Yo estoy aquí sentada, como una convaleciente, meditando sobre las profundidades y las intimidades del mundo. Y en verdad ¿qué justificación tienen? Pues antes de llegar el amor al corazón, aún le queda mucho. Pura desentrañeidad humana. Permaneciendo siempre y en cada instante, aun en su ciencia, vivo, es decir, pasivo y dependiente; llegando en su actividad no a anular estas condiciones, sino a extremarlas llenándose de padecimiento y servidumbre, esclavizándose en su acción máxima; en aquella que le define qué es el amor.

## VII.

**París**

Y todo esto es muy extraño, dar sin tenerlo, dar sin gozarlo. Hay quien está falto de todo entendimiento y todo lo da, lo da sin tenerlo y sin gozarlo.

El corazón por andar por él, por el pensamiento del amor, ni sabe de él, pero se lo ofrece a costa de sí mismo, como sucede con toda sima o profundidad. Sede de la intimidad, apegado de por vida a su dentro, en pura y muda interioridad.

El espacio que tiene es el que da sin tenerlo, sin gozarlo.

La profundidad impone tanto y es tan misteriosa porque es el espacio que sentimos crearse, por la acción de algo que está a punto de traicionar su ser para ofrecerlo en una entrega suprema, como lo es toda entrega de aquello que no se tiene primariamente y se adquiere para entregarlo a quien sólo así puede ir a quien lo llama. Lo profundo es una llamada amorosa. Por eso, toda sima o grieta grande en la tierra nos atrae.

Así, es el dar espacio sin convertirse en pura espacialidad, pues el corazón profundo es sede de la intimidad. Pero también porque permanece escondido y sin salir, trabajando con ese incesante y paciente trabajo de las entrañas, que por eso miden el tiempo. Es la maquinaria de un reloj que nos produce pasmo, porque nos presenta la imagen del trabajo constante de las entrañas, de su rutinaria tarea, en cuya rutina va mortal riesgo.

Como si fuese menester que el ánimo del hombre occidental estuviese en trance de un desesperado culto a alguna olvidada deidad, por ejemplo, al fuego, no a un fuego cósmico, sino de índole, a la par, humana y sobrehumana.

Está emparentado y se podrá confundir a veces con la adoración de otra cosa más oscura, aún en su sentido más misterioso e intermitente: como la sangre. La sangre siempre se ha relacionado con la metáfora del corazón. Y en Francia todas las metáforas del corazón son populares.

Como sumergida en el tiempo, en la embriaguez de la música, de las rosas y de la sangre del vino, así me encuentro. Son las metáforas del corazón. Sí, esta música es parecida a la de una Edith Piaf. En este bistrot me siento bien.

Las “metáforas del corazón” son así, porque lo primero que sentimos en la vida del corazón es su condición de oscura cavidad, de recinto hermético. Viscera; entraña. El corazón es el símbolo y representación máxima de todas las entrañas de la vida.

Está emparentado y se podrá confundir con la adoración aún en un sentido más misterioso e intermitente de la sangre. La sangre siempre se ha relacionado con la metáfora del corazón. La sangre y el vino, por su prolongación. Pero también es su música, esa caja registradora, como la maquinaria de un reloj, donde sigue el corazón permaneciendo escondido.

Y es que es la sede de la intimidad. Consiste en dar espacio sin ser pura espacialidad. Y es también el amor, su principal metáfora. Por eso cuando alguien no tiene corazón, le decimos que no tiene entrañas.

De ahí su profundidad. Y es tan misteriosa porque es el espacio que sentimos crearse.

Es la entrega de aquello que no se tiene primariamente y se adquiere para entregarlo a quien sólo así puede ir a quien lo llama. Lo profundo de la llamada es una llamada amorosa.

Los franceses siempre han buscado la liberación del cuerpo, y han construido metáforas. Su filosofía es una filosofía de la emoción, muchas veces, como ocurre con Spinoza, con Pascal, con Descartes, con Bergson. Ellos no separan la mente del cuerpo. No es un racionalismo o idealismo exagerado como ocurre en otras filosofías, como la alemana. O un subjetivismo o un positivismo analítico como ocurre con la filosofía inglesa.

Ahora me encuentro en el Bulevar Saint-Michel.

La avasallante belleza de París con sus bulevares tiene también su origen en una historia negra: Las barricadas levantadas en los barrios proletarios en 1830 y 1848 fueron dispersadas y ya no existían.

Todas las nieblas retorciéndose se alejan de la techumbre de mi ser. Conservaré esta confianza hasta el último día de mi vida. Como una larga ola, como un avance de pesadas aguas, su presencia se ha acercado a mí, y su devastadora presencia me ha abierto de par en par. Sí, me refiero a Christian. La forma cómo él finalmente ha entrado en mi vida.

Cuán extraño es sentir cómo el hilo que de nosotros surge se adelgaza y avanza cruzando los nebulosos espacios del mundo que entre nosotros media. Se ha ido, pero después ha venido de nuevo para renovar su confianza.

Pero ahora, qué agradable es, cuánta confianza infunde, saber que la presencia, o la escrutadora mirada, no se ha apagado para siempre, ni ha sido cubierta por una capucha... Con qué satisfacción abro y cierro las ventanas y no necesito recibir otras presencias. Ahora me dispongo a sentarme en este nuevo restaurante.

Christian es más un amor del presente. Tal vez. Él vive algo lejos...

VIII.

**París**

Por fin, París me es grata y me es fiel o me es leal como un amigo.

Sin embargo, hay una pregunta que queda en el aire. ¿Qué es lo importante la fidelidad o la lealtad? Es decir, una persona que, de alguna forma, cumple determinados ritos, ¿eso es una lealtad total? No lo sé.

Ahora lleno mi mente con cuanto ocurre en una estancia o en un salón de un hotel, de la misma forma que se llena una estilográfica en el tintero. Tengo una constante e irremediable sed. Y ahora voy a buscar un bistrot para apreciar un buen vino. Gracias a imperceptibles signos que no puedo interpretar por el momento, pero que más adelante interpretaré, me doy cuenta de que el hielo de la desconfianza comienza a fundirse. La soledad da indicios a resquebrajarse.

Como dice el dicho: La mujer perdona las infidelidades pero no las olvida. El hombre olvida las infidelidades pero no las perdona.

Nosotros nunca estábamos de acuerdo en nada.

Jean Louis todavía no sabe nada de lo mío con Christian. He intentado ocultárselo, aunque algo sospecha.

Cuando buscamos relaciones sexuales fuera de nuestra pareja, probablemente nos está faltando esa complicidad y esa intimidad emocional. Sí, y nos estaba faltando desde el primer momento.

Además Jean Louis nunca ha sido mi pareja. Ni siquiera me lo propuso de un modo coherente.

Es la ternura y la complicidad lo que son claves en el amor y tenemos que alimentar. Y esto me faltó con él. No existía fácilmente. Él pretendía entrar en mi vida o querer fiscalizarme. O que yo lo entregase todo o fuese yo quién fuese a él.

Lo pasé muy mal. Porque en vez de entrar o de estar invitado a compartir, él se consideró con derecho a exigir.

Pero lo único que podemos controlar es la infidelidad sexual no la emocional, por eso somos como somos. Y nos enredamos en lo que nos enredamos. Y es el aspecto sexual al que le damos importancia.

Yo tengo la sensación de que lo que nos atrae del sexo, sin embargo, y ni más ni menos, es la necesidad de sentirse deseable, de experimentar ese vértigo de la fusión y de decir: “me siento deseado”. Eso es lo que realmente nos atrae del sexo. Pero nos enredamos creyendo otras cosas.

**M**as antes de llegar el corazón a esa meta suprema que es el amor, aún le queda mucho trabajo. Trabajo oscuro y sin expresión alguna, a lo menos, estamos sin palabras, que el amor, al fin, las encuentra siempre.

Nos damos cuenta de que necesitamos seguridad, estamos siempre buscando una vida donde haya certeza, nuestro cerebro nos lleva a ello. Y, sin embargo, lo más curioso es que hay muy pocas certezas en esta vida, y esas certezas en lo emocional y en el amor romántico, me temo que, por muchas razones, fallan.

Para mí el amor ya no es un remolino. Ahora ya no siento vértigo, cuando bajo la vista y me siento calmada por la calidez del sopor de un vino. Miro a lo lejos, por encima de las cabezas, a un lugar más allá, y siempre encuentro un pensamiento más humano y más hondo.

Allí, entre el corto y firme césped, se alzan arbustos de oscuras hojas, y contra esta oscuridad veo una sombra blanca, pero no de piedra, móvil, quizá viva. Un nuevo fulgor o un nuevo amor se me antoja. Ahora una fuente cae. Pero está fuera de mi alcance. Allá voy, para llenar mi vaciedad, para prolongar mis noches y mis tardes y llenarlas con más y más sueños...

Ahora puedo mirar con fijeza la caída cubierta de verdes hojas de parra, con aroma a nuez moscada y el púrpura de las uvas y los racimos que se contienen en la entrada del velador.

Instintivamente mi paladar pide y prevé dulzura y ligereza, algo azucarado y evanescente. Y vino fresco, que sentará como un guante a estos finos nervios que parecen estremecerse en el paladar, y el paladar se ensanchará al beber, convirtiéndose en una caverna abovedada.

Estos manjares pasan por mi paladar, bajan, van a parar al estómago y estabilizan mi cuerpo. Tengo sensación de quietud, gravedad y dominio.

IX.

**París**

A las Tullerías se puede acceder por la place de la Concorde, y también por la place del Carrousel.

Podría sentarme tranquilamente en una silla, alrededor del gran estanque octogonal y contemplar este magnífico jardín, auténtico museo de esculturas al aire libre. Los niños pueden volver a jugar con los juegos de sus antepasados guiando barquitos de vela alquilados in situ. Entre las obras antiguas del jardín, se pueden descubrir estatuas de Rodin: “Le Baiser”, “Eve”, entre otras.

Realmente está cargado de historia este jardín. Los olmos son impresionantes, su gran envergadura y los grandes diámetros de sus troncos.

Por ser yo como soy, cuando aparece de nuevo el fantasma de Jean Louis, le obligo a pensar que tiene las manos escondidas y las oculta. Por eso nuestro odio casi no se puede distinguir del amor. Nos adivinamos los pensamientos. He besado el tronco de este árbol, como si besara a mi propio fantasma o al corazón que no puede desligarse de otro órgano vital.

Las Tullerías (Tuileries) es el más antiguo y extenso jardín de París. Esta obra maestra de los jardines clásicos alberga olmos y algunos de los árboles existen desde el segundo imperio... Hoy me he propuesto pasearme por los jardines más hermosos de París.

Imagino que he nacido destinada a encontrar en cualquier noche de invierno el significado de todas mis observaciones, un hilo que va de una a otra, un resumen que todo lo completa y redondea. Pero los soliloquios en callejas laterales pronto languidecen. Necesito un ser humano.

En consecuencia, no somos más que gotas de lluvia que el viento reseca. Provocamos el soplo en el jardín y el rugido en el bosque. Somos diferentes, siempre, siempre. Esto explica la confianza que tengo en mí misma, mi básica estabilidad. De lo contrario sería monstruosamente absurda. Ahora afronto la corriente humana en esta atestada arcada, que lleva al viaducto, abriéndome paso entre los cuerpos de los demás.

Las colinas, curvas y dominadas, parecían retenidas con correas, igual que un miembro humano está ceñido por músculos. Y los bosques, altivamente erizados en sus contornos, parecían la densa y recortada crin de un caballo. En el jardín las copas de los árboles se alzaban densas sobre los parterres, los estanques y los invernaderos.

**D**esperté en un jardín, con un golpe en el cerebro, un ardiente sueño de un beso, un beso de Jean Louis. Casi duermo y velo sin cesar. Hace poco que ha nacido el día, la media mañana. En las tierras bajas hay todavía algo de niebla. El día está duro y tieso como ropa blanca almidonada. Pero se suavizará, adquirirá calor. Miro las temblorosas hojas del oscuro jardín y pienso: “Qué extraño besa Jean Louis”.

Pero podré entrar libremente en el jardín. Soy como el fantasma de Jean Louis, una efimera transeúnte, en cuya mente tienen los sueños poder, y el jardín sonidos cuando, al amanecer, los pétalos flotan sobre insondables profundidades y los pájaros cantan. Me sumerjo y chapoteo en las destellantes aguas de la infancia. Tiembla el sutil velo que la cubre. Pero la bestia encadenada al fantasma patea y patea.

Nadie adivinó la necesidad que sentía de ofrecer mi ser a un dios, y perecer y desaparecer.

La visión se quebró. ¿Debo buscar un árbol? ¿Debo caminar bajo los álamos, o recorrer la orilla del río en la que las copas de los árboles se unen como amantes en el agua? La naturaleza es demasiado vegetal. Comienzo a desear la luz de la intimidad, el cuerpo de una persona.

Había extensas zonas cubiertas de flores azules. De repente, descendió sobre mí y me cubrió la oscura y mística conciencia de la adoración, del logro de totalidad que triunfa sobre el caos. Nadie vio mi compuesta y ávida figura en el quicio de esta arcada abierta.

Tomé la altura de la “Promenade plantée”, del paseo plantado, desde la plaza de la Bastilla hasta el Bois de Vincennes. Cuatro kilómetros y medio originales para deambular de viaductos a pasarelas. Este original paseo que se extiende desde la Bastilla hasta el Bois de Vincennes, te transporta unas veces por los aires y otras bajo tierra.

Ahora pienso en Jean Louis.

Poco valor tendría esta apertura del corazón si ocurriese sin participación de las demás entrañas solamente pasivas, oscuras y sin espacio que brindar —pura vibración sensible, puro trabajo también.

Si tal participación no sucediese, el corazón podría tener una vida independiente y solitaria, como la que llega a tener el pensamiento.

Pero la primera diferencia que salta respecto a él, es ésta de no poderse desligar, de no andar suelto, con vida independiente. Y llevar siempre adherida las entrañas. Lo que es estar y permanecer siempre y en todo momento vivo. Pues la vida es esta incapacidad de desligarse un órgano de otro, un elemento de otro; esta imposibilidad de disociación que es tan arriesgada, porque al no existir separación, cuando adviene es fatalmente la muerte.

Es la incapacidad de liberación, de vivir independiente y solitario, como es la forma de libertad del pensamiento, que logra así su superioridad. Pero este acto del pensamiento es como un heroísmo, porque nunca arriesga, ni padece, porque al liberarse de la vida nada tiene que temer de la muerte.

X.

**París**

Y aquí estoy de nuevo en París, escribiéndote, Jean Louis, desde la verja de otro jardín, muy parecido, engalanado entre barrotes de hierro, con ese toque impresionista del arte de siglo XIX parisino. En lo alto las flores y las hojas convertían al jardín en un mosaico de chispas aisladas que aún no se habían reunido en una sola. Desde aquí me pareces alguien demasiado pulido, demasiado reluciente y negro, como una estatua de este jardín público. Ahora cruzaré esa puerta abierta que lleva a ese jardín particular.

Me recuerda cuando me acompañaste hasta la verja de aquel hermoso jardín botánico del Retiro y yo me metí en un taxi, mientras tu silueta se iba minimizando entre los barrotes de hierro, como en esas pinturas impresionistas que sólo adquieren relieves cuando las aprecias desde lejos.

Sí, Jean Louis, aunque los dos entendíamos que aquella tarde suponía un adiós definitivo, algo nos iba negando la convicción del final.

Por otro lado, tanto tú como yo queríamos convencernos de que la separación no iba a ser muy difícil. Tú vivías en una ciudad y yo vivía en otra. También nuestras ocupaciones eran diversas y escasamente propiciaban posibles situaciones de encuentro.

Pero aquella tarde todavía gozábamos de una juventud madura. Todavía las obligaciones exigían, imponían y se permitían exacerbar el dolor de nuestros sentimientos. Luego estaba cierta indignación parecida al resentimiento. Y acaso la esperanza de que alguna vez todo podía cambiar.

Nunca he dejado de recordar esa frase. Ni siquiera cuando años más tarde viniste a proponerme algo que yo ya no precisaba, ni me acuciaba conseguir. Más que una proposición, era un ruego. Algo que en el fondo te degradaba, te volvía inoperante y disminuido.

Pero esa frase sólo me pareció convincente ahora en los rellanos de mi edad, lo que nos permite tener los radares alerta, mientras se petrifican sin dolor los antiguos desengaños.

“A pesar de todo —me dijiste—, y pase lo que pase, seguiré escribiéndote, Noemia”.

Y entonces añadiste: “Comprenderás que, ahora en adelante, será mejor que no volvamos a vernos”.

Continuabas hablando como si todo tú se hubiera convertido en una máquina reflexiva que ya no admitía soluciones favorables. Todo se volvía drástico e irreversible como un punto final.

Pero ahora estás aquí, vuelvo a leer tus cartas, tus emails. Me tienes retenida todo este viaje, mirando si ha llegado un nuevo correo de ti.

Hubo un silencio largo. Uno de esos silencios que no admiten réplicas, ni conjeturas, ni posibles dudas. Holgaba preguntarte si habías decidido algo conmigo, sobre tus sentimientos.

Bastaba observar tu actitud para comprender que nada de todo lo que convinimos tenía ya vigencia. Al final, te encogiste de hombros y procuraste agilizar la rigidez del problema que nos estaba atenazando. Existían razones de peso para que las aguas volvieran a su molino. “El mundo está dando un cambio —añadiste—; dentro de poco, me voy a trabajar fuera, a otro país de Europa”. En cierta forma, la terrible crisis financiera y económica nos estaba empezando a atacar a todos con su aspecto más voraz, el del aumento del desempleo y el abuso de los precios energéticos.

Lo esencial era confiar en aquel sol, en la claridad del día y en la posibilidad de volver a verte. Posibilidad que ciertamente no habíamos vuelto a tener, salvo ahora en nuestro encuentro aquí en París.

Lo esencial era confiar, recuperar tu presencia, oír tu voz, que en ese momento se me antojaba llena de una sonoridad muy bella y delicada gravedad.

De aquel segundo viaje a Madrid lo que más destaco es la bonanza del día. Pero era imposible caer en la cuenta de lo que me estabas contando, en ese momento ya hablábamos dos lenguajes distintos. Te explicaste como quien se arranca del alma una daga. Ni siquiera sospechaba que pudiera ocurrir algo así. Lo cierto es que fue necesario recibirte para resistirte, para ver cómo tu alma se resistía a la mía, pero sin ataque, sin intromisión, con una aceptación tácita en su interior.

Ya no volví a ver a Jean Louis desde aquella entrevista en Madrid. Y cuando él se me declaró lo hizo desde la distancia, y ya no con su viva presencia, y yo tampoco estaba escuchando en ese momento su sintonía.

Pero ahora me sigue escribiendo, después de todo aquello.

Contener el mundo en nuestro interior. Tal parece ser la vida primera del corazón, víscera donde todas las demás parecen como si hubiesen delegado en ella para ejecutar una acción suprema, delicada e infinitamente arriesgada.

Porque en este abrirse de la entraña del corazón, se arriesga la vida de las demás entrañas que no pueden hacerlo, pero que están comprometidas por participación.

Comienzo a trazar un número, y el mundo queda enlazado con él, y yo estoy fuera del lazo, que ahora cierro —así—, sello y completo.

El mundo forma un todo completo, y yo estoy fuera de él, llorando, gritando: “¡Salvadme de ser expulsada para siempre del lazo del tiempo!”

## XI.

**París, primavera-verano**

Jean Louis se marchó, y ahí está otra vez, encabezando un proyecto de alta tecnología. No sé lo que pretenderá hacer ahora.

El corazón es como la sede de la intimidad. Este abrirse es su mayor nobleza, la acción más heroica e inesperada de una entraña que parece, al pronto, no ser otra cosa que vibración, sentir puramente pasivo. Signo de generosidad porque indica que aquello que primariamente es sólo pasividad —acusación— se transforma en activo.

Suprema acción de algo que sin dejar de ser interioridad la ofrece en un gesto que parece podría anularla, pero que sólo lo eleva. Se ofrece por ser interioridad y para seguirlo siendo. Y esto: interioridad que se ofrece para seguir siendo interioridad, sin anularla, es la definición de la intimidad.

Seres con entrañas sin espacio, que son un grado ínfimo en la jerarquía de lo vivo. Sienten, pero en su sentir hay un absoluto hermetismo; sienten para sí, y su sentir jamás se abre, ni tan siquiera irradia. El corazón es la víscera más noble porque lleva consigo la imagen de un espacio, de un adentro oscuro, secreto y misterioso que, en ocasiones, se abre.

El corazón es el símbolo y representación máxima de todas las entrañas de la vida, la entraña donde todas encuentran su unidad definitiva y su nobleza. Se puede, y la expresión popular bien lo sabe, tener entrañas y no tener corazón; es lo propio de los seres capaces de sentir, mas sin nobleza, de los que no cabe esperar esos movimientos del ánimo que llevan el sello de la generosidad, que no tienen esas condiciones especiales que la metáfora del corazón lleva casi siempre, porque les falta “el espacio vital”.

Ahora me puedo sentar aquí en este café, cerca de la catedral de Notre Dame y cerca del Sena. Son admirables los arcos arbotantes que dan al río desde el sur del monumento. Es una vista maravillosa. He podido sentarme en un velador cerca del río y me dispongo a seguir con mis pensamientos y mis emails.

Durante el espíritu del Romanticismo, Víctor Hugo, escribió, en 1831, el romance Nuestra Señora de París. Situando los acontecimientos en la catedral durante la Edad Media, la historia trata de Quasimodo, que se enamora de una gitana de nombre Esmeralda. Nuevamente el romanticismo está presente en la historia de esta ciudad y todo lo converge.

La catedral de Notre Dame es una de las catedrales francesas más antiguas de estilo gótico. Se empezó a construir en el año 1163.

En el centro de la ciudad destacan dos islas que constituyen su parte más antigua, Île Saint-Louis y la Isla de la Cité. Ahora me encuentro en esta última.

Ahora suena una campana de la catedral y parece como si llegáramos tarde a todo. Me gusta contar historias en las que yo me involucro. Es como las algas colgadas en el alféizar de aquella ventana, ahora húmedas, ahora secas. Me dejo a mí misma en la estacada. Escribiré más sobre el alma.

Odio las cosas colgantes, odio las cosas húmedas. Odio vagar sin propósito y mezclar las cosas.

**M**i destino es el Museo de Orsay.

Yo tenía la impaciencia de los que se miran al espejo y descubren repentinamente infinidad de pequeñas modificaciones fisonómicas que destruían los endebles motivos de mi seguridad femenina.

Muchas veces he pensado que de haber logrado rápidamente lo que tanto se dilataba en mi vida, el encontrar una persona amoldable a mí, mi obsesión por ello se hubiera diluido rápidamente antes de averiguar la verdad de nuestras vidas. Pero en este momento, que todo depende algo de mi obstinación, ya no me da miedo, porque ahora todo en mi vida gira en torno a ella. Sí, eres una obsesión pero una obsesión buena, que no me consume ni me agota, que no me quita precisamente mi obsesión.

No obstante, resulta evidente que hay algo muy fuerte que nos está uniendo. Teníamos una meta. Y cuando dos personas dependen de una posible perspectiva que tarda en realizarse, lo que verdaderamente importa no es la razón de la meta, sino el hecho de llegar hasta ella. Es precisamente ese continuo “anhelar”, lo que tarda tanto en conseguirse, lo que de verdad nos induce a creer en la validez de lo que deseamos.

Cuando te conocí tuve la impresión de que eras un hombre inocente, cuyo destino te había sido hostil. Exactamente lo que me había ocurrido a mí.

Y, sobre todo, tu integridad, la forma de entregarte, de sentir que había un entorno que te rodeaba y que te daba el apoyo necesario.

## XII.

**París, primavera-verano**

**E**l otro día sentí que querías incluso llamarme más y te sentías como más inclinado hacia mí, yo me asusté. Pero ahora ya sabemos que nos necesitamos.

Tenía la mente en blanco, a veces las emociones pueden taponar las ideas. Yo no daba con la emoción. Quería decirte algo importante antes de reencontrarnos, pero decidí mejor esperar a verte.

Ahora cuando te he dicho que éramos amigos, tú me dijiste que era mejor ser novios, entonces ya me di cuenta de que, por primera vez en mi vida, alguien iba en serio conmigo, a pesar de las dificultades y las distancias y todos los obstáculos que teníamos, pero podíamos sortearlo bien o de algún modo.

Te di a entender que, pese a todo, yo me alegraba de tenerte con tus cartas y con tus llamadas. Pero es que es tan difícil pensar en rehacer nuestras vidas. Dime ¿qué has pensado hacer?

Está tu voz, esa voz semi-timbrada, que no apagada, sino tenue y balbuciente, que me dice de tu suavidad en las formas, de tu equilibrio interno. Nunca te debatías entre altos y bajos. Era sencillamente “tu voz”. Era aquel sonido inconfundible que conseguía despertar en mis oídos, sueños de resonancias que nadie más registraba.

Imposible imaginarte sin aquel gesto de hombre comprensivo y pausado, ni tampoco sin observar aquel ademán que utilizabas para apartar de tu frente el mechón rebelde. Y sin dejar de deslumbrarme aquella forma tuya de abrir los ojos tan azules al mostrar asombro o sencillamente fingirlo para mostrar alguna frase propicia a intensificar nuestra complicidad en las cosas pequeñas de la vida. No, no parecías extraño conmigo. Tenías un poco de más años que yo, pero continuabas irradiando aquel gesto vivo e irónico que para mí te convertía en alguien especial.

Con mi edad me doy cuenta de que es imposible programar la vida y que es ella la que te programa a ti. Nunca hubiera pensado que hubiera tenido que pasar por todo, esto hasta llegar aquí. Los deshielos a destiempo siempre causan estragos, podía haber sido como un volcán bajo un glaciar.

Todo se trastoca, se desborda y se vuelve caos. Sin embargo, cuando mi vida parecía que estaba al borde del caos, tuve que dejar mi trabajo y ahora sigo aquí fuera de mi propio país, improvisando unas vacaciones mientras decido adónde vuelvo a trabajar. Y este mecanismo de distancia operó una sutil diferencia en el modo que la vida me respondía.

París en este día tiene sol. Es un sol que consigue desagrar, en cierta medida, mi decaimiento. En ocasiones, la luminosidad que nos rodea permite disminuir las tinieblas del alma.

¿Por qué la sombra del sol es luminosa y la sombra de la luna es pura noche? Si las dos son sombras, deberían ser igualmente lóbregas.

Avanzo por los bulevares pero mi meta está aquí en este café tan coqueto y acogedor. Me siento en uno de los veladores exteriores cerca de un gran ventanal rodeado de un seto. La conciencia de mi propio ser casi perece. Como mi desprecio. Me arrastro hacia dentro, mi conciencia me hunde, y me alza hasta el cielo. El sol ascendió. Barras amarillas y azules cayeron dorando los costillares de la recoleta y apartada arboleda que se erguía en el lado opuesto y que la consumía dándole un brillo de acero a las planas hojas de sus ramas. La luz perforaba las delgadas formas de abanico que se deslizaban deprisa sobre el altiplano verde.

El cielo evolucionaba hacia un color pálido en el que lentamente avanzaban las nubes. Contra el cielo se recortaba una hilera de chimeneas de estilo dieciochesco y había dos faroles callejeros. Iba aderezada, estaba preparada. Esto era como ser la pasajera sin pausa en el momento del claroscuro. Veía el cielo con las suaves plumas del súbito fulgor de la luna, que ya se insinuaba.

También veía las barandillas de la arboleda, y dos personas sin rostro, recortándose como estatuas contra el cielo. Resultaba que había un mundo que no se sometía al cambio.

Todas las piedras preciosas, los topacios, con chispas bajo los líquidos colores, dejaron ahora al descubierto las sienas de algunos viandantes y los ojos muy abiertos con su brillo, y trazaron un recto sendero que terminaba en este pequeño café. Ahora como a coro, como si tuviera conciencia de compañerismo, aisladamente algunos pájaros cantan al cielo azul pálido. Había en su canto miedo, premoniciones de dolor y de alegría y de huir veloces, ahora, en ese instante.

Y después, cansados de persecución y vuelo, dulcemente comenzaron a descender, a declinar con delicadeza, a dejarse caer y posarse silenciosos en el árbol, en el muro, mirando con sus destellantes ojos y girando la cabeza a uno y otro lado, atentos, despiertos, intensamente conscientes de una cosa, de un objeto determinado.

Ahora me tenderé sobre esta mesa y esparciré mis objetos de escritura electrónica, volveré a ensimismarme con la próxima carta que tengo que escribirte. Mis días aquí pronto se terminan.

Voy en busca de mi asiento, y cuando lo haya encontrado, en un rincón de ese café del Boulevard Saint Germain, podré seguir con mi historia. He pasado cerca de la ópera Garnier, he dado una especie de paseo a través de sus bulevares y de sus edificios modernos. Y he podido acercarme a la zona a través del metro. Estamos en un día primaveral. Las temperaturas son suaves aquí. Apenas he percibido las lluvias aunque ha hecho una especie de amago, pero hoy el cielo está azul.

## XIII.

**París, primavera-verano**

**E**n verdad, siempre nos hemos estado esquivando. Este buscarnos continuamente ha sido posible porque no nos habíamos alcanzado todavía. Como no tenía un final, parecía que seguía teniendo un principio. Sí, no estoy loca.

Tú creaste tus férreas defensas contra mí, y contra el mundo para protegerte, y tu actitud, que podía haber sido simplemente defensiva, hizo que con el paso del tiempo te convirtieses en alguien incapaz de dar, sino que dividías el mundo en malo y bueno, porque necesitabas protegerte hasta destruir, y hasta destruir tu propia felicidad, Jean Louis.

El sacrificio es algo que de alguna manera yo hice, sacrificar mi ser esencial, para protegerme frente al mundo, fue una respuesta protectora. Y eso es algo que los humanos tendemos a hacer muy fácilmente, sacrificar quienes somos, nuestras necesidades de afecto, de lo que sea, con tal de sobrevivir.

El hombre, a veces, lo que busca es poner una estrategia defensiva o protegerse frente a los demás, nunca se da del todo, mientras que la otra persona sí se da del todo. Ahí está la infinita desigualdad, de los sacrificios.

Y es muy fácil manipular a quien confía en nosotros.

Jean Louis me ha puesto un mensaje en el móvil: “Saldremos de ésta. A veces las batallas perdidas son únicamente treguas”.

Hemos pedido el magret marinado con foie. Lleva foie cocido a la sal y está marinado con soja. Y está aromatizado con martini rojo y con cebolla caramelizada. Luego pediremos algo más, tal vez unas ostras de fine de claires llegadas desde las costas de Francia. Todo es especial. Para beber, sin duda, vino de la Borgoña, un Pinot noir. Con las ostras hemos elegido una copita solamente de Mœt Chandon. De postre, un fondant de chocolate, que debe ser especial, y un café. Normalmente este restaurante siempre está lleno, pero he reservado algo tarde y las mesas ya se van quedando libres. Así que podemos esparcirnos y tomar la comida a gusto.

Christian y yo estamos en el restaurante gastronómico Jules-Verne, situado en el segundo piso de la torre Eiffel. Desde el pilar meridional se puede subir al restaurante que posee un ascensor privado. Este restaurante gastronómico con una capacidad de noventa y cinco asientos está calificado con una estrella por la famosa Guía Michelin. El decorado es un poco sombrío, pero se funde con discreción en las estructuras metálicas de la torre, además de contar con un gran ventanal que permite tener una panorámica vista de París.

De la torre Eiffel dijo Guy de Maupassant lo siguiente: «Esta pirámide es alta y flaca de escalas de hierro, esqueleto gigante falto de gracia, cuya base parece hecha para llevar un monumento formidable de Cíclopes, aborto de un ridículo y delgado perfil chimenea de fábrica».

—París tiene muchos sobrenombres, el más famoso de los cuales es el de «Ciudad de la Luz». La Ville lumière, nombre que remite a su fama como centro de las artes y la educación. Estamos en la Ciudad de la Luz —me dice Christian.

Por la tarde hemos visto cómo el cielo cambiaba. Hemos visto cómo las nubes cubrían las estrellas, cómo las liberaban, cómo volvían a cubrirlas. Ahora ya no observo el cambio de las estrellas.

Las estrellas retroceden y se extinguen. Las barras de nubes adquieren profundidad entre el nivel del río Sena. Algunas se estrellarán contra sus alas. Pero este es mi barco, navego sola y acompañada al mismo tiempo.

Ahora nos hemos dirigido a una boîte, y estamos tomando un licor de kirsh. La presión ahora ha desaparecido. Dejo que Christian me quite y arroje lejos este velo del ser, esta nube que cambia al más leve soplido del aliento, noche y día, y toda la noche...

Mientras estábamos aquí sentados, hemos cambiado.

—Tú vives en una ciudad y yo vivo en otra. También nuestras ocupaciones son diversas y escasamente propician posibles encuentros. Aunque yo tengo más tiempo libre que tú —le digo.

—Nada muere de verdad cuando nace con el signo de lo eterno —plasmó Christian con una sonrisa.

Hemos salido a bailar en este pequeño boîte y nuestra vida comienza a tener color. Aquí proliferan las parejas enamoradas y los cuerpos unidos que se balancean al ritmo de una música lenta.

Todo parece que había muerto entre nosotros. Pero nada muere de verdad, cuando nace con el signo de lo eterno. De repente sólo vi que tu mirada me estaba mirando inquisitivamente, que nunca antes me habías mirado así.

## XIV.

**París, verano**

Reconocí el rostro de un hombre que por su atrevimiento y por su finura no tenía nada que objetar, era un rostro inconfundible, sus ojos azules eran tan puros como los del color del mar. Y era firme y ciertamente algo impenetrable. Pero era tierno, a la vez, y se podía jugar con él.

Le dije, con su silencio, que él era el mismo de siempre.

Desperté en un jardín, con un golpe en el cerebro, un ardiente sueño de un beso. Casi duermo y velo sin cesar. Pero este beso fue real.

Hace poco que ha nacido el día, la media mañana. El día está duro y tieso como ropa blanca almidonada. Pero se suavizará, adquirirá calor.

La boca de Christian llamaba irreverentemente al beso, a mis senos salientes. Los ardientes ojos perdidos de él en un punto indefinido. En ese momento, Christian me tomó y me apretó contra sus brazos y me apoyé en él, quería retenerme.

El se levantó hacia mí y me besó más y más, quería tocar la felicidad de un cuerpo bello y desnudo.

Un poco más tarde volveríamos a caer en aquella salita coqueta de bistrot, donde se encuentran las desgastadas y aporreadas conchas lanzadas hacia el Sena. La puerta sigue abriéndose y el velador nos lleva hasta el río. El salón se llena de conocimiento, de nuevas gentes con sus angustias, y de muy diferentes clases de ambición, mucha indiferencia y algo de desesperación, de la agitación de los últimos tiempos.

Entre todos nosotros podríamos construir catedrales, dictar normas, abrir las casitas al río de nuevo, darle a todo un aspecto nuevo.

Pero seguimos aquí palideciendo entre otro café, como si el mundo hubiese logrado un maravilloso esplendor, y un común acervo de experiencias muy profundo, de tal modo que no necesitésemos cambiarlo.

&&&

### *ACERCA DE LA AUTORA*

*ESTHER LLULL es autora de diversos libros, entre ellos, El amante Sumerio, Junto a la flor de la achicoria, El profesor de Ética, y sigue una trayectoria continua. Estudió derecho, hizo un postgrado en Filosofía, moral y política, y también ha estudiado Astrología y astromundial. Ahora vive entre Sevilla y Copenhague.*